

Prólogo

James Howe

Profesor Emérito Massachusetts Institute
of Technology (MIT)

El Darién, sede en 1510 de la primera colonia española en el continente americano, fue a partir de entonces un campo de conflicto y complejidad étnica, agitado por la minería de oro, los cimarrones, los misioneros, los piratas y, no menos importante, por la presunción de los pueblos nativos de que tenían el derecho a gobernarse a sí mismos.

La compleja y tumultuosa historia de la región ha atraído la atención de una larga serie de historiadores, algunos de ellos destacados académicos.¹ Sus trabajos, sin embargo, han dejado bastantes episodios en la oscuridad y una serie de cuestiones historiográficas clave sin resolver o en disputa. Entre los errores y confusiones, quizás el más trascendental y pernicioso haya sido la afirmación, presentada por la historiadora colombiana-estadounidense Kathleen Romoli (1953, 1987), de que el istmo del Darién del período de contacto estaba enteramente poblado por un pueblo llamado Cueva, y que los antepasados de los Guna, que vivían al Oriente, ni siquiera se acercaron al Istmo hasta mucho más tarde. Este supuesto

¹ Incluidos, entre otros: Severino de Santa Teresa (1956); Carl Ortwin Sauer (1966); Reina Torres de Arauz (1975), Mary Helms (1979); Kathleen Romoli (1987); Patricia Vargas (1993), Jorge Morales Gómez (1995); Carl Henrik Langebaeck (1991), Alfredo Castellero Calvo (1995), y Bernal Castillo (2023).

hecho se ha utilizado para retratar a los Guna como intrusos o invasores, negando así a sus descendientes el estatus de indígenas panameños.

Estos errores y confusiones, afortunadamente, han sido aclarados por el destacado estudio que aquí ofrece Carlos Arenas, que se centra en particular en la historia y la identidad de los pueblos indígenas de la región en los siglos XVI y XVII. No es una narrativa de estancamiento ni de invasiones masivas, sino más bien de complejidad, flujo, conflicto, movimiento incesante y profusión de nombres étnicos.

En cuanto al período de contacto inicial analizado por Romoli, Arenas muestra que junto con las poblaciones cueva, había hablantes guna en el istmo, especialmente en el cacicazgo de Comogre. Plantea la posibilidad, además, de que la lengua cueva fuera una lengua franca que vinculara a pueblos lingüística y culturalmente dispares en toda la región. Muestra sin lugar a duda que la población de Comogre, lejos de invadir hacia el oeste, fue reubicada hacia el este y, más fundamentalmente, que la cuenca del bajo Atrato y el istmo oriental formaban una sola región, atravesada en todas direcciones por conexiones políticas y movimientos de población.

La mayor parte del libro aborda de forma magistral las poblaciones indígenas posteriores al primer contacto, durante los siglos XVI y XVII. Los lectores podrán encontrar especial interés en el Capítulo 3, “La etnogénesis del pueblo Guna, su irrupción y primeras luchas”; Capítulo 7, “Los primeros desplazamientos de comunidades Gunas a la mar del norte y las alianzas con piratas y colonos escoceses”; Capítulo 8, “Chocoes y Cunacunas en el bajo y medio Atrato durante el último cuarto del siglo XVII y comienzos del XVIII”; y Capítulo 9, “Los ‘soldados étnicos’ del Darién, de Luis Carrisoli a Luis García (1670-1728).” Pero son todos los capítulos, en su conjunto, los que mejor transmiten las transformaciones sociales y políticas de la región del Darién a lo largo de estos años. Los lectores, agradecidos por la meticulosa investigación y la visión histórica integral de Arenas, esperarán con impaciencia la siguiente etapa de su trabajo, mientras se enfrenta al tumultuoso siglo XVIII.